

mi alta ventana, viene de semilla de almendro; y ese rico globo de oro de dulce y perfumoso jugo lleno que en blanca fuente una niñuela cara, flor del destierro, cándida me brinda, naranja es, y vino de naranjo. Y el suelo triste en que se siembran lágrimas dará árbol de lágrimas. La culpa, es madre del castigo. No es la vida copa de mago que el capricho torna en hiel para los míseros, y en férvido tokay para el feliz. La vida es grave, y hasta el pomo rúin la daga hundida, al flojo gladiador clava en la arena.

¡Alza, oh pueblo, el escudo, porque es grave cosa esta vida, y cada acción es culpa que como aro servil se lleva luego cerrado al cuello, o premio generoso que del futuro mal pródigo libra!

Y así continúa noble y candentemente. No transcribo toda la composición por que deseo citaros aunque sea fragmentos de otras que acaban de definir este modo poético. He aquí este corto clamor: «A mi alma—Llegada la hora del trabajo»:

¡Ea, jamelgo! De los montes de oro baja, y de andar en prados bien olientes y de aventar con los ligeros cascos mures y viboreznos, y al sol rubio mecer gentil las brilladoras crines! ¡Ea, jamelgo! Del camino obscuro que va do no se sabe, ésta es posada, y de pagar se tiene al hostelero! Luego será la gorja, luego el llano, luego el prado oloroso, el alto monte. Hoy bájese el jamelgo, que le aguarda cabe el duro ronza la gruesa albarda.

Todo ello es castizo, intachable, complacería por su mérito formal a un Cadalso, a un Moratín, a un Núñez de Arce. Y además va allí la fuerza meridional, un soplo ancestral levantino, la pujanza y el calor antillanos, y, sobre todo, el espíritu inconfundible de Martí. Usa con parquedad de la sátira, pues la piedad posee siempre al sagitario. Así en los cortos versos «Al buen Pedro». En «Hierro» son de hierro los versos, del hierro que despierta, del «hierro» que amaba Hugo.

...Pero guarda, ¡oh alma! que usan los hombres hoy oro empañado! Ni de eso cures, que fabrican de oro sus joyas el bribón y el barbilindo. Las armas no,—¡las armas son de hierro!

Y más adelante:

...¡Oh verso amigo, muero de soledad, de amor me muero! No de amor de mujer; estos amores envenenan y ofuscan. No es hermosa la fruta en la mujer, sino la estrella. La tierra ha de ser luz, y todo vivo debe en torno de sí dar lumbre de astro. ¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas de carne! ¡Oh, estas siervas ante el dueño que las enoja y estremece echadas! ¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen de comer esta carne!

Es de inefable amor del que yo muero, del muy dulce menester de llevar, como se lleva un niño tierno en las cuidosas manos, cuanto de bello y triste ven mis ojos.

...¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan el honor de vuestro odio: ¡ya son muertos! Valiera más ¡oh bárbaros! que al punto de arrebatarnos al hogar, hundiera en lo más hondo de su pecho honrado vuestro esbirro más cruel su hoja más dura! Grato es morir: horrible vivir muerto. Mas no!, mas no! La dicha es una prenda de compasión de la fortuna al triste que no sabe domarla. A sus mejores hijos desgracias da Naturaleza; ¡fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!

Hay en el poeta siempre algo de profético. Una obsesión le acompaña, tiene el presentimiento y se diría el amor de la muerte. No la terrible muerte cristiana, sino más bien la Thanatos griega, una muerte atrayente y hermosa. «...Mujer más bella—no hay que la Muerte!»

...Por un beso suyo  
bosques espesos de laureles varios,  
y las adelfas del amor, y el gozo,  
de remembrarme mis niñeces diera!

Desesperado de gloria, sublime de locura, habría de ir a buscar, en su última hora, al correr de su caballo de campaña, para hacer estremecerse su

Busque los VERSOS de Martí, los tiene a la mano en los números 3 y 4 de las EDICIONES SARMIENTO. *Ismaelillo, Versos Sencillos, Versos Libres* y otros versos en un solo tomo. Remítanos \$ 1.25 y a vuelta de correo llegarán a sus manos.

isla y llorar al ferreo Máximo Gómez!

Escuchad: «La Muerte está sentada a mis umbrales» «...¡Oh, vida, adiós! Quien va a morir, va muerto...» «...¡Oh! ¡qué mortal que se asomó a la vida,—vivir de nuevo quiere?...» «...Puede ansiosa—la Muerte, pues, de pie en las hojas secas,—esperarme a mi umbral con cada turbia—tarde de Otoño, y silenciosa puede—irme tejiendo con helados copos—mi manto funeral...» «...Abre los brazos,—listo estoy, madre Muerte: ¡al juez me lleva!...»

Mas lanza el grito de la esperanza al contemplar al hijo:

...El padre  
no ha de morir hasta que a la ardua lucha rico de todas armas lance al hijo!  
¡Ven, oh mi hijuelo, y que tus alas blancas de los abrazos de la Muerte oscura y de su manto funeral me libren!

En «El padre suizo» comenta, siempre en alto y lírico tono, un trágico «fait-divers». Unos dos versos de Ronsard le dan tema para otra poesía, «Flores del cielo». Luego cincela, o más bien vacía, «Copa ciclópea», «Pomona», armonías pánicas, de un decoro gracioso y fuerte, compenetraciones con los misterios potentes de la tierra,

con el misterio prodigioso y rítmico y fatal de la mujer.

¡Oh, ritmo de la carne, oh melodía, oh licor vigorante, oh filtro dulce de la hechicera forma! No hay milagro en el cuento de Lázaro, si Cristo llevó a su tumba una mujer hermosa!

En «Media noche» hay un grito contra sí mismo, pues quisiera que su obra individual se juntase a la grandeza del sol y de la tierra. Inventa palabras: Homagno,—más bella que superhombre. En «Yugo y estrella», clama:

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo: «Flor de mi seno, Homagno generoso, de mí y de la Creación suma y reflejo, pez que en ave y corcel y hombre se torna, mira estas dos, que con dolor te brindo, insignias de la vida: ve y escoge. Este, es un yugo; quien lo acepta, goza. Hace de manso buey, y como presta servicio a los señores, duerme en paja caliente, y tiene rica y ancha avena. Esta ¡oh misterio que de mí naciste cual la cumbre nació de la montaña!, esta, que alumbra y mata, es una estrella. Como que riega luz, los pecadores huyen de quien la lleva, y en la vida, cual un monstruo de crímenes cargado, todo el que lleva luz se queda solo. Pero el hombre que al buey sin pena imita, buey torna a ser, y en apagado bruto la escala universal de nuevo empieza. El que la estrella sin temor se ciñe, ¡Como que crea, crece!

Cuando al mundo de su copa de licor vació ya el vivo, cuando para manjar de la sangrienta fiesta humana, sacó contento y grave su propio corazón, cuando a los vientos de Norte y Sur virtió su voz sagrada, la estrella como un manto, en luz lo envuelve, se enciende, como a fiesta, el aire claro, y el vivo que a vivir no tuvo miedo, se oye que un paso más sube en la sombra!»

—Dame el yugo ¡oh mi madre! de manera que puesto en él de pie, luzca en mi frente mejor la estrella que ilumina y mata.

Todo es poesía severa, de una grandiosidad gallarda y de una impecabilidad límpida y fulgurante. Se pensaría en relámpagos de academia. Y así en todas las demás poesías que completan la colección, en «Isla famosa», en «Aguila blanca», que tiene algunas lagunas, y que concluye:

Librame, eterna noche, del verdugo, o dale o que me dé con la primera alba una limpia y redentora espada. ¿Que con qué la has de hacer? ¡Con luz de [estrellas!

En «Amor de ciudad grande», que empieza:

De gorja son y rapidez los tiempos.

y tiene el tono de las antiguas epístolas morales, mas con tuétano contemporáneo, lo propio que en «Estrofa nueva», en donde preconiza una poética atlética. En «Mujeres» hierve un licor de amor; pues si Martí no fué un gran enamorado, fué un vibrante amoroso; mas ha de proclamar el apoca-